

meno también afecta a Italia: respecto de hace 80 años, el caudal medio del Tíber ha disminuído un 25 %, el del Flumendosa (Cerdeña) hasta un 35 % y el del Arno un 45 %. En parte, la reducción de los ríos se debe a los cambios climáticos: en los últimos 20 años las lluvias han disminuído en Italia un 25 %⁶.

Así entramos en las entrañas de una nueva peste que no pertenece a los recursos, sino a los desperdicios. Una basura invisible, de la que apenas percibimos su olor, inofensiva e incluso indispensable en cierto aspecto, pero catastrófica si supera los límites. Hablamos del dióxido de carbono (CO₂) que sale por los tubos de escape de los coches, por las chimeneas de las fábricas, por los hornos de las centrales eléctricas, por las calderas domésticas de calefacción. Mediante las plantas y los océanos, el planeta es capaz de eliminar 11 millones de toneladas anuales. Pero nosotros producimos 26 toneladas. Una diferencia que, desde hace decenios, se acumula en la estratosfera provocando el recalentamiento de la superficie terrestre⁷.

En los últimos 100 años la variación ha sido de 0,7 grados centígrados; un cambio a primera vista insignificante, pero suficiente para alterar los complejos sistemas reguladores del clima.

Nuestra desgracia es que el anhídrido carbónico, aparte de ser impalpable, es educado, él mismo se ocupa de trasladarse al basurero celeste. Pero los desperdicios sólidos no son tan educados y, si el barrendero no los quita, se acumulan en las calles. Y, sin salir de Italia, al año producimos 550 kilos por persona; una cantidad que ya no sabemos dónde meter. Nos están imponiendo las incineradoras y nos dicen que son seguras. En realidad, suscitan gran preocupación, no sólo por el CO₂, sino también por las partículas microscópicas. También llamadas nano-partículas, llegan hasta los alveolos y por lo tanto a la circulación sanguínea, a través de la cual se diseminan por el organismo provocando alteraciones y tumores de todo tipo.

3. Humanidad hecha añicos

Agotamiento de recursos y acumulación de residuos son señales claras de un sistema que se está devorando a sí mismo. Y esto mientras la mitad de la población mundial todavía no ha conocido el gusto de la dignidad humana. Crisis social y crisis ambiental estrechadas en un mortal abrazo.

Según el Banco Mundial son tres mil millones y tienen el semblante del niño lloroso sentado desnudo a la puerta de la choza; del hombre con el rostro demacrado y quemado por el sol que, machete en mano, trata de arrancarle un trozo de tierra a la selva; de la mujer con cuerpo macilento apenas cubierto de harapos que busca alimento escarbando en la montaña de basura. Son los pobres absolutos que, según el árido lenguaje del dinero, viven con menos de 2 dólares al día. Según el concreto lenguaje de la vida no logran satisfacer ni siquiera las necesidades fundamentales. No comen más de una vez al día, se alimentan con una dieta formada casi exclusivamente de harinas y legumbres. Muchos de ellos beben agua de pozo o de río, no disponen de servicios higiénicos, viven en chabolas construídas con materiales de desecho o en chozas construídas con material natural hallado en el entorno. Apenas tienen ropa y sólo

un bajísimo nivel de escolaridad. En caso de enfermedad no pueden curarse, se ven obligados a endeudarse para hacer frente a cualquier necesidad que se salga de la pura supervivencia.

Los pobres absolutos pueblan aldeas perdidas por los campos y se amontonan en las áreas chabolistas de las ciudades. Se las arreglan con trabajos precarios, mal pagados, están completamente a merced de los patronos, capataces y comerciantes. A través de nuestro consumo, nos los encontramos diariamente cuando bebemos una taza de café, cuando comemos un plátano, cuando nos ponemos un par de zapatillas deportivas. Tienen el rostro del campesino africano obligado a vender su café a 20 céntimos de dólar el kilo, mientras nosotros lo compramos a 8 euros; del niño ecuatoriano que por un dólar y medio al día trabaja 10 horas en el platanal; de la niña china que por 30 céntimos de dólar a la hora produce las zapatillas de marca que nosotros compramos a 120 euros. El primer personaje que encontramos por la mañana, antes de dar los buenos días a nuestro compañero o compañera, a nuestros hijos, es un campesino de Kenia o un bracero de Brasil y puede que sea un pobre absoluto.